



José Luis Lanuza



Juan Luis Vives, preceptor del príncipe

En 1539 Juan Luis Vives escribió unos *Diálogos* destinados a la enseñanza del latín. «Para el conocimiento de la lengua latina escribí estos primeros ejercicios, que espero sean provechosos a la niñez, y me pareció que debía dedicártelos a ti, príncipe dócil y grande esperanza, y ello por ti y por la benevolencia que me mostró siempre tu padre, que educa tu ánimo excelentemente en las rectas costumbres de España, que es la patria mía, cuya conservación estará mañana fiada a tu probidad y sabiduría».

El príncipe era Felipe, el hijo del emperador Carlos V. Felipe -que aún no acompañaba su nombre con ningún número de orden- tenía entonces 12 años y ya había iniciado sus estudios bajo la dirección de Juan Martínez Silíceo. Parecía un muchacho vivaz, curioso de muchas cosas, pálido, rubio, bien proporcionado, de mentón saliente. Abría sobre el mundo sus grandes ojos azules.

-208-

Juan Luis Vives no era aún viejo. No llegaba a la cincuentena. Pero ya veía todo con cierto desgano, cansado, como hombre enfermizo al que la muerte reservaba para el año próximo. La gota le atenaceaba las carnes y él la soportaba resignado, con un humor filosófico, bromeando acerca de sus dolores.

-¿Qué hace nuestro Vives? -pregunta alguien en uno de sus diálogos.

-Dicen que lucha...

-¿Con quién?

-Con su mal de gota.

-¡Oh, luchador traidor, que primero tira a los pies!

Sus ojos habían conocido los libros, las ciudades, las cortes de los reyes... Ahora, en los *Diálogos*, prefiere evocar los juegos de la niñez, las rondas, la pereza del levantarse para ir a la escuela, los paseos, las comidas escolares, las charlas pueriles... Todo el mundo íntimo de aquel tiempo sobrevive en los *Diálogos*.

Vives se complace en hacer pasear unos personajes por su ciudad natal. Desde la populosa Brujas, donde escribe, la lejana Valencia se le ilumina en el recuerdo.

-209-

-Vamos, pues, por acá, por San Juan del Hospital a la calle del Mar.

-Veremos de paso hermosos rostros.

-... ¿Quieres, por ventura, que vayamos calle derecha por la plaza de la Higuera y de Santa Tecla?

-No, sino por la calle de la Taberna del Gallo, porque allí quiero ver la casa donde nació mi amigo Vives; porque según oí decir, está al bajar a lo último de la calle, a la izquierda...

La calle de la Taberna del Gallo se colorea en la distancia. Vives ha conocido muchas ciudades: París, Brujas, Lovaina, Londres... Ha conocido las cortes de los reyes. Ha tratado no sólo al César Augusto Carlos, sino a Enrique VIII, el obeso rey de los ingleses, y a Catalina de Aragón, y a la princesa María, hija de ambos. La princesa María debe tener ya 23 años. Está en edad de casarse. Alguien la destina para esposa del mismo emperador Don Carlos. Pero Vives, el preceptor, no ha de conocer lo que le tiene deparado el destino. María no se casará con el emperador. No se casará aún, sino mucho después, ya cuarentona y fea, con el hijo del emperador. Será la segunda mujer de Felipe II. Antonio Moro la pintará muy adornada de perlas, -210- con una flor en una mano y los guantes en la otra. La frente alta, los cabellos tirantes, los labios finos, la nariz un poco ancha y tal vez rubicunda... Pero Juan Luis Vives no sabe nada de todo esto. Él conoció a la pequeña María. Él dedica sus diálogos latinos al pequeño Felipe. Lo demás son cosas del destino.

Juan Luis Vives es un humanista. Ha dado a las prensas montones de obras filosóficas, didácticas, morales, religiosas. Pero no es un erudito de esos secos que nunca levantan la nariz del montón de papelotes. Vives cree, es cierto, que con las nuevas ideas de los hombres nuevos, propagadas por ese nuevo invento que es la imprenta, puede producirse una revolución en el mundo. Los libros acabarán con la locura humana. Con las supersticiones, con las guerras, con las injusticias... Él cree en la fuerza de la palabra hablada y de la letra impresa. Pero también sabe mirar al mundo y deleitarse con los sentidos. Le gustan las fiestas populares y el maravilloso espectáculo de la naturaleza.

-¡Oh, Creador de tanta hermosura, admirable y digno de ser adorado!

Así agradece a Dios en uno de sus diálogos. Y luego explica:

-211-

-Con razón se llama esta obra «Mundus», y los griegos la llaman «Cosmos», como si dijéramos adornado y pulido.

Él se deleita mirando y oyendo. Y aun cantando. ¿No es él el que cantaba hace poco en la ronda de Brujas? ¡Qué bien se mete él entre las aglomeraciones de gente! Los otros humanistas, fuera de sus librotas, parecen pescados fuera del agua. El mismo Erasmo, su amigo, no sabe qué hacer si lo arrancan de sus libros o del trato de otros humanistas. Apenas tolera la proximidad de la gente del pueblo.

-Últimamente, cuando mi viaje de Italia a Inglaterra -escribe Erasmo a su amigo Tomás Moro-, por no perder el tiempo en conversaciones triviales e insípidas los ratos que había de pasar cabalgando, resolví enfrascarme...

Y de ese enfrascamiento nació el *Elogio de la locura*, una obra magnífica, es cierto. Pero también son buenas las charlas del camino. Erasmo no lo sabía. Estaba cerrado para el espectáculo del mundo. «Todo lo que no era bibliografía, le pasaba inadvertido, dice Stefan Zweig en la biografía de Erasmo; no tenía ojos para la pintura ni oídos para la música. No se interesaba por las obras de un Leonardo, de un Rafael, de un Miguel Ángel, y -212- consideraba una extravagancia condenable el entusiasmo de los papas por las artes...» Juan Luis Vives no. Él se deleitaba con ver y con oír. Cantaba canciones en las fiestas populares. Y no se encerraba ante las charlas del pueblo. Al contrario. No ignoraba que todo ese mundo oscuro de obreros y artesanos que los días de fiesta bailoteaban en las «kermeses» podía enseñarle muchas cosas a un humanista.

Para lo que Juan Luis Vives guardaba su antipatía era para la nobleza.

-La loca nobleza -dice.

O bien:

-El vulgo de nuestra nobleza...

Y esto en unos diálogos destinados a que un príncipe haga ejercicios de latín.

Porque Vives no puede tolerar la infatuación de esos personajes que apenas saben firmar y están muy orgullosos y pagados de su ignorancia, «como si por ser nobles no hubiesen de ser hombres».

-¿Cómo son vulgo si son nobles? -pregunta alguien-. ¿Por ventura no hay grande diferencia entre vulgo y nobleza?

Y otro contesta:

-Porque el vulgo no se diferencia por los vestidos -213- y riquezas, sino por el buen modo de vivir y entero y cabal juicio de las cosas.

En otro diálogo aparece el mismo príncipe niño, Filipo, tironeado por las encontradas influencias de dos consejeros. ¿Para qué sacrificarse estudiando, abandonando las diversiones propias de la juventud y de la nobleza, sometiéndose como un esclavo a los maestros y preceptores? -le insinúa Moróbulo, el mal consejero.

-¿Por ventura vuestro padre, Filipo, y el rey de Francia, y otros reyes insignes y príncipes, no rigen sus reinos y los mantienen bajo su obediencia sin haber estudiado?...

Después de esta peligrosa pregunta, Sofóbulo, el buen consejero, debe hacer milagros de dialéctica para apartar a Filipo del mal camino.

Pero cuando el diálogo se vuelve dramático es al tratar de la educación. Dos jóvenes nobles -Grinferantes y Gorcopas-, llenos de humos y de suficiencia, se llegan al maestro Flexíbulo para que perfeccione su educación. La caricatura de los nobles es enconada, punzante. Como el maestro lo trata a uno de hijo y amigo, el otro le llama la atención por esa falta de respeto.

-214-

-¿Pues qué? ¿Tú quieres ser señor de todos y amigo de ninguno? -le pregunta el maestro.

¿Y de dónde le viene todo ese orgullo? Flexíbulo, soslayando el enojo de sus interlocutores, haciéndose el ingenuo con cierta socarronería socrática, va conduciendo el diálogo. ¿Es porque saben que han nacido de buenos padres? ¿Pero qué cosa es ser bueno? ¿Es bueno el que reúne éstas y éstas virtudes? ¿No contribuyen a la bondad la prudencia, el juicio, la cordura, el conocimiento, la religión, el amor a los amigos y a la patria, la justicia, la templanza, la liberalidad, el valor en las adversidades? ¿Qué tienen de todo eso ellos y los otros nobles? Sin embargo, éstos son los bienes del hombre. Porque las riquezas y los buenos modales y la práctica de las cortesías y de los deportes son cosas exteriores.

Los jóvenes nobles van templando sus iras. Sus manos, que habían estado a punto de empuñar las espadas - («¿Dices tú que mis padres no han sido buenos?»)- ahora caen, inútiles. Grinferantes empieza a comprender. El otro noble, Gorcopas, se calla, sumido en una incompreensión irremediable. Pero el maestro ya se dirige sólo al primero:

-Recapacita en tu interior si tienes estas cosas, -215- y si las tienes, cuán pocas, y éstas, cuán escasamente... No hay en el pueblo quien tenga menos que tú. Porque en la plebe...

Y Grinferantes está a punto de abismarse en una confusión más honda. ¿No lo han enviado a ese maestro para adquirir modales que lo diferencien, precisamente, de la plebe?

«-Porque en la plebe -dice el maestro- unos son ancianos que vieron y oyeron muchas cosas y tienen mucha experiencia de ellas; otros, aficionados a estudiar, que avivan y pulen el ingenio, aprendiendo; otros emprenden el gobierno de la república...; otros son vigilantes padres de familia; otros profesan otras artes y son excelentes en ellas; también los mismos labradores ¡cuántas cosas alcanzan de las recónditas de la

naturaleza! Los marineros también entienden los cursos de los días y las noches, la naturaleza de los vientos, la situación de las tierras y el mar; otros de la plebe son varones santos y píos, que honran y veneran a Dios piadosamente... ¿Qué sabes tú de estas cosas? ¿Qué ejercitas? ¿Qué haces? Nada, en verdad, excepto aquello: hijo soy de buenos padres. ¿Cómo puedes ser mejor tú que aún no eres bueno? Ni tu padre, ni tus abuelos ni bisabuelos fueron buenos -216- si no tuvieron estas cosas que he dicho, las cuales, si las han tenido, tú lo averiguarás; yo mucho lo dudo; mas si las tuvieran, tú, sin duda, no serás bueno si no los imitas».

Griniferantes siente como que la verdad naciera en su cerebro. ¡Arte socrático el de este maestro! Comprende que se inicia su conversión, pero todavía no tiene palabras para expresarse:

-Por cierto, me has amedrentado y corrido; no hallo cosa que aún pueda decir contra eso.

El otro noble no entiende nada:

-Ninguna de estas cosas he entendido; todo me has ofuscado.

Juan Luis Vives parece sonreír detrás de los personajes que dialogan. Él ha conocido muchos nobles. Ha visitado las cortes de los reyes. También ha tratado mucha gente del pueblo, artesanos, plebeyos, que se divierten y canturrean en las «kermeses». Él sabe en qué consiste la verdadera nobleza. Por eso habla así por boca de Flexíbulo, en unos diálogos que parecen inofensivos ejercicios de lengua latina destinados a la educación de un príncipe. ¿No dice así la dedicatoria? «A Felipe, hijo del César Augusto Carlos y heredero de su grande entendimiento».

1941

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

